

Metáforas que devienen profecías 1

Enrie Ucelay-Da Cal

Universitat Autònoma de Barcelona

Es un tópico remarcar que una profecía que no resulta cierta se convierte en una metáfora. Pero ¿qué ocurre con las metáforas que efectivamente resultan proféticas?

En los meses que han seguido al atentado múltiple del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos se debate sobre si el ataque terrorista ha ofrecido unas prefiguraciones de lo que será la política del siglo XXI. La opinión afirmativa está muy repetida en los medios de comunicación norteamericanos, que no cesan de repetir que el 11-S representa un antes y un después en las relaciones internacionales. Sin embargo, aunque parezca una afirmación críptica, la verdad obvia es que el futuro se inventa desde el pasado y ambos se encuentran en el presente. Dicho más claramente, para mejor entender las percepciones actuales sobre el porvenir, hay que escarbar en los basureros de la cultura popular periclitada, donde se pueden encontrar muchos elementos configuradores de las aparentes agudezas de los comentaristas.

El abrupto fin de la nueva «Belle Époque»

En 1991, con la Guerra del Golfo y la caída de la Unión Soviética, para todos los observadores sofisticados se había acabado el siglo XX.

1 Una primera versión corta de este artículo se publicó en *Clío*, núm. 1, noviembre 2001, pp. 16 Y 18. Se amplió para *Ayer* a petición de Ramón Villares y fue redactada en diciembre de 2001.

Pero los años noventa -sobre cuyo significado como el comienzo de una «nueva economía» de comunicación electrónica tanto se cacareó en su día- resultaron no ser más que una transitoria «*Belle Époque*»: una temporada breve como la que precedió a la Primera Guerra Mundial, un período de euforia que, por su relativa placidez en el escenario internacional, se presentaba como grato para una inmediata nostalgia tras su abrupto fin. Los terribles eventos de septiembre de 2001, en especial la gratuita destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York, con la casi instantánea hecatombe de cerca de tres mil personas, han creado el consenso de que es *ahora* cuando comienza el siglo XXI y que la década anterior ha sido la mera antesala a unos tiempos futuros que presagian complicaciones y violencia.

Paradójicamente, esta violencia, aunque no prevista, había sido *anunciada*. El sentimiento reiterado ante el incendio y hundimiento de las torres ha sido una especie de incredulidad onírica: nadie pudo creer lo que mostraba la televisión (o lo que veían sus propios ojos, si eran testigos directos). Durante semanas -incluso todavía hoy- muchos automáticamente han esperado encontrarse con la silueta conocida de los gigantescos edificios, como si su destrucción hubiera sido una imagen pasajera más. Meses después, nuevas filmaciones, desde ángulos nuevos, despiertan de nuevo la misma sensación. «Parecía una película», dijeron todos, comentario general sobre las imágenes que servían las cámaras al mundo entero. Y es cierto. *Todos ya habíamos visto la catástrofe como espectáculo} como entretenimiento*. Se trataba de una ficción que los medios de cultura de masas habían vuelto familiar, que había pasado a formar parte del imaginario colectivo. Es una representación que nos ha acompañado durante todas nuestras vidas. Pero esta vez la catástrofe se ha producido *en la realidad*.

De inmediato, en las semanas que siguieron al golpe abrumador y a través de la devastación de la guerra de Mganistán se ha construido una especie de guión político operativo, que resulta especialmente comunicativo por la confusión con la ficción que lo acompaña. Por eso mismo, a lo largo de los últimos meses, hemos querido envolvernos de datos, de informaciones precisas, hasta concretísimas, con las que ahuyentar la insinuación de irrealidad, de *déjà vu*, de pasear perdidos por una alucinación. El guión tiene tres escenas.

La primera escena: el hundimiento de las torres

El Antiguo Testamento está lleno de las caídas de grandiosas y arrogantes edificaciones, que con su cimbreante altura desafiaban la ley de Dios, desde la torre de Babel hasta las murallas de Jericó. Asimismo se evocaba la destrucción de ciudades de abominación como Sodoma y Gomorra². La fascinación con el poder y el comercio propio del hecho urbano y la simultánea desconfianza ante la urbanización corruptora de la sencillez rural han sido sentimientos cruzados a lo largo de toda la Historia. Es una contradicción que no ha perdido fuerza, más bien todo lo contrario, en la contemporaneidad³.

La primera escena, pues, es *la destrucción de Cosmópolis*. Este término del siglo XVII designa la interacción entre urbe y sociedad que es la civilización, la sociedad tan racional como el esquema de leyes cósmicas de Newton⁴. New York es la capital mundial de la sociedad civil; es una ciudad que carece de representación del poder estatal; en los últimos doscientos años no ha tenido función política alguna más allá de su propia Administración municipal. Por el contrario, encarna la concentración de riqueza, el poder económico, lo que en el siglo XX ha hecho verticalmente, mediante la construcción de rascacielos. La famosa «línea del horizonte» de Manhattan, única mundialmente por la impresión compacta de sus torres cívicas, ha sido una metáfora insistente de una modernización arrasadora, que podía ser admirada y envidiada por partes iguales. Desde la edificación del primer auténtico rascacielos, el «Woolworth Building», en 1913, se ha especulado con la caída de estas torres⁵. La construcción del edificio «Empire State» inspiró el ataque cinematográfico de *King Kong* en 1933. De ahí, la devastación de la isla se ha repetido incesante en cinta tras cinta que buscaba dar a su público la satisfacción perversa

² Génesis, cap. 11, versículos 3-9; Josué, cap. 6; Génesis, cap. 19, versículos 24-25.

³ Hay una larga tradición de crítica intelectual antiurbana, con la consiguiente idealización de lo rural: WHITE, M. L.: *El intelectual contra la ciudad. De Thomas Jefferson a Frank Lloyd Wright* (1962), Buenos Aires, Ediciones Infinito, 1967; LEES, A.: *Cities Perceived. Urban Society in European and American Thought, 1820-1940*, Manchester, Manchester University Press, 1985.

⁴ TOULMIN, S.: *Cosmopolis. The Hidden Agenda of Modernity*, New York, The Free Press, 1990.

⁵ HUXTABLE, A.: *El rascacielos. La búsqueda de un estilo*, Madrid, Nerea, 1988.

de visualizar un castigo ejemplar que no podía concebirse fuera de la pantalla. Pero *ha ocurrido*.

La segunda escena: la gran conspiración

La segunda escena del macabro guión de estos días es *la conspiración reticular del gran cerebro del mal*. Desde el siglo XVIII, la especulación política en Occidente no ha podido evitar la paranoia, el contubernio aclarador que da coherencia a la nube de informaciones contradictorias. El alba de la participación política con las revoluciones norteamericana (1776) y francesa (1789) resultó para muchos inexplicable sin una mano rectora y su explicación se escenificó sobre un fondo de grandes conjuras -fueran los jesuitas o los francmasones- que se suponía eran quienes *en verdad* dirigían desde las sombras a las multitudes aborregadas ⁶.

El romanticismo decimonónico se encandiló con la idea de fuerzas secretas que movían a su antojo los hilos ocultos de gobiernos y revoluciones. Para comprobarlo, sólo hay que leer una novela como *Joseph Balsamo* (1846), de Alejandro Dumas padre, en la que el famoso novelista francés convirtió al aventurero ocultista Cagliostro, figura periférica en los escándalos de la corte de Luis XVI, en el coordinador de una supuesta conspiración europea de los «Iluminati» bávaros y la francmasonería que trajo la monumental convulsión francesa ⁷. De forma análoga, en su romance *Coningsby* (1844), el joven Benjamín Disraeli -asimismo *dandy* y novelista antes de su fulgurante carrera política- soltó alguna alusión ligera a la influencia oculta de los judíos en las cortes reales de Europa, con lo que quedaba «demostrada», y por un autor de ascendente hebraico, la existencia de una ladina red que detentaba el verdadero poder detrás de las apariencias ⁸. Es importante remarcar cómo lo que estos autores presentaban como ficción divertida, más o menos irónica, pudo leerse posteriormente *con literalidad*) como verdad revelada por un testi-

⁶ POLIAKOV, L.: *La causalidad diabólica. Ensayo sobre el origen de las persecuciones*, Barcelona, Muchnik, 1982; LEMAIRE, J.: *Les origines /ranfaises del l'antimafonnisme (1744-1797)*, Bruxelles, Éditions de la Université de Bruxelles, 1985.

⁷ DUMAS, A.: *Mémoires d'un médecin. Joseph Balsamo*, Paris, Robert Laffont, 1990.

⁸ DRsRAELI, B.: *Coningsby or the New Generation*, Harmondsworth (UK), Penguin, 1983.

monio autorizado, que debía ser un buen conocedor de lo que confesaba.

Nada sorprende que, a continuación, los nacientes servicios de información recurrieran a tesis complotistas para manipular mejor la opinión con la denuncia de las manipulaciones ajenas. Así, a finales del siglo XIX, la policía rusa -en una operación cuya mancha ha resultado indeleble- se inventó la patraña de un complot judío mundial para desacreditar las izquierdas antizaristas. Éste es el origen de *Los protocolos de los sabios de Sión*) libro que aseguraba reunir las actas de un presunto gobierno secreto en manos judías y exponía sus siniestros planes para el dominio del mundo. Una vez lanzado el miedo hecho argumento, tomó vida propia: por muchas veces que se haya demostrado el trucaje de *Los protocolos*) reaparece reeditado, traducido a todos los idiomas ⁹.

El cine, emoción pura en apariencia objetivizada, se entusiasmó, desde sus comienzos, con la paranoia de la conspiración *hecha realidad*. Ello se pudo ver especialmente en los años tras la Primera Guerra Mundial, cuando algunas películas crearon escuela en este sentido, como *Espías* (1928), de Fritz Lang (incidentalmente su primer film tras *Metropolis*) de 1926, que ofrecía una inquietante visión de las futuras megalópolis). De ahí en adelante, se pasó de las adaptaciones cinematográficas de la novela *The Mystery of Dr. Fu Manchu* (1913), de Sax Rohmer, en los años treinta, a las versiones del *Dr. No* y los siempre reiterativos malvados de la serie Bond de Jan Fleming, empezando en los años sesenta ¹⁰. Con independencia de la responsabilidad de Osama Bin Laden, su papel en las sombras, manejando innumerables agentes dispuestos a la autoinmolación, ya estaba del todo escenificado en la ficción. Pero ahora *ha ocurrido*.

La tercera escena: la amenaza de la secta fanática de Oriente

La tercera escena del siniestro guión de estos días es *el peligro latente que entraña el fanatismo oriental para el mundo civilizado enca-*

⁹ COEN, N.: *Warrant for Genocide. The Myth of the Jewish World-Conspiracy and the Protocols of the Elders of Zion*, New York, Harper & Row, 1969; también ROMANO, S.: *J falsi protocollo. Il «complotto ebraico» da la Russia di Nicola JI a oggi*, Milano, Corbaccio, 1992.

¹⁰ ROHMER, S.: *El misterioso Dr. Fu Manchú* (1913), Barcelona, Laertes, 1981.

bezado por Occidente. Concretamente, la *yzhad*) o guerra santa islámica, representa el temor a la cruzada invertida, idea que en la imaginación cristiana tiene un claro sentido diabólico. Es más, el miedo a una secta salvaje y homicida se configuró en la imaginación occidental como un peligro específicamente *oriental*. Y, de hecho, tenía sus razones históricas. Este miedo asomaría por primera vez en la Edad Media con motivo de la actuación de los llamados «asesinos», adeptos de la escisión ismailí del Shi'a, en el siglo XI, bajo la dirección del «Viejo de la montaña», cuyos atentados inspiraron pavor tanto entre musulmanes como cruzados ¹¹.

Los británicos, por la extensión y geografía de su imperio, se convirtieron en los principales oponentes occidentales a los impulsos homicidas orientales, especialmente a partir de la etapa como gobernador-general de Sir William Bentick (1828-1835), bajo cuyo mando se suprimió a los «thuggee», hindúes seguidores de Kali que mataban en su honor a los viajeros de carretera ¹². Con ello quedó asentado el principio de la superioridad espiritual inglesa (y, por extensión, europea) ante los «misterios de Oriente». La revuelta antiinglesa de 1857 en la India, reuniendo a musulmanes e hindúes, codificó la imagen de la traición a conciencia, dirigida con saña contra los inocentes e indefensos, las mujeres y los niños de los colonizadores ¹³. A partir de entonces y a lo largo del siglo XIX, los británicos, desde su ascendente moral, confundieron unos y otros, islámicos y «cafres» no musulmanes, mirando a todos con suspicacia como asesinos potenciales. Por añadidura, los británicos fueron los europeos que más a menudo tuvieron que hacer frente a exaltadas olas de fundamentalismo islámico, como la prolongada revuelta antiegipcia dirigida en el Sudán por Muhammad Ahmad ibn Abd Allh, autoproclamado el *Mahdi* (1885-1898), las resistencias populares milenaristas en Nigeria en 1905, o la encabezada en Somalia contra los ingleses por Muhammad Abdullah ibn Hasan, el «Mullah loco» (1899-1920) ¹⁴.

¹¹ LEWIS, B.: *The Assassins. A Radical Sect in Islam* (1967), New York, Oxford University Press, 1987; BURMAN, E.: *Los asesinos. La secta de los guerreros santos del Islam*, Barcelona, Martínez Roca, 1988.

¹² MAY, J.: *India. A History*, London, Harper Collins, 2001, p. 429.

¹³ MAYER, K. E., y BRYSAK, S. B.: *Tournament of Shadows. The Great Game and the Race for Empire in Central Asia*, Washington D. C., Counterpoint, 1999, pp. 137-151.

¹⁴ JAMES, L.: *The Rise and Fall of the British Empire*, London, Abacus, 1995, pp. 304, 331-332, 274-279 Y283-284.

En la Primera Guerra Mundial, los británicos temieron que los «jóvenes turcos» -estimulados por sus aliados alemanes- usaran el poder del califato que, en el siglo XVI, se había arrogado el sultán para realizar la *yihad* contra sus fuerzas o posesiones. Efectivamente, desertores pashtunes trabajaron con paga germana, un regimiento de baluchis en la frontera noroeste de la India, que se amotinó, como hizo otra unidad en Singapur, provocando el pánico del virrey en Nueva Dehli; véase en este sentido la conocida novela *Greenmantle*) de John Buchan (1916) ¹⁵. De ahí como respuesta, la actividad del coronel inglés T. E. Lawrence, mejor conocido como «Lawrence de Arabia», quien, en estrecha relación con los hachemitas, la familia que entonces controlaba los lugares santos islámicos, Meca y Medina, provocó durante la contienda una «rebelión árabe» contra los turcos que ayudó a destruir al poder otomano ¹⁶. Acabada la Gran Guerra, las aprensiones británicas siguieron en pie en la India, ya que, con el movimiento «Khalifat» de 1918 a 1924, los musulmanes del subcontinente se coaligaron en defensa del califato, cuya supresión se temía con motivo de los cambios ocurridos con la derrota de Turquía ¹⁷.

El dirigente nacionalista turco Mustafá Kemal -el futuro *Atatürk*- abolió el califato en 1924 y se lanzó a una secularización radical de su sociedad, destruyendo sus rasgos islámicos más evidentes, desde el alfabeto árabe o el velo femenino hasta las fundaciones islamistas y sufíes, para edificar una sociedad civil en apariencia comparable a la europea. La autoafirmación nacionalista, autoritaria y estatista de la Turquía kemalista se convirtió en modelo para los regímenes de Oriente Medio que, al estilo de Atatürk, aspiraban a *modernizar* sus sociedades al estilo occidental ¹⁸. En tal sentido, la evolución de la región en las décadas siguientes, la evolución política del mundo islámico pareció seguir una pauta de «nacionalismo socialista» o «nacionalsocialista» que, aunque disgustara a los británicos y franceses que dominaban la región en la posguerra, tras 1919, les era comprensible en cuanto podían reducirla a esquemas políticos

¹⁵ *Ibid.*, pp. 359-360; BUCHAN, J.: *Greenmantle* (1916), Ware (Herts., UK), Wordsworth, 1994.

¹⁶ LAWRENCE, T. E.: *Rebelión en el desierto* (1927), Barcelona, Juventud, 1977.

¹⁷ NIEMELJER, A. C.: *The Khalifat Movement in India, 1919-1924*, Den Haag, Martinus Nijhoff, 1972.

¹⁸ SAYID, B. S.: *A Fundamental Fear*, London, Zed Books, 1997, cap. 3.

familiares¹⁹. Así, en su último intento de control en 1956, con el ataque anglo-francés e israelí a Egipto, los ingleses podían asegurar que Nasser era el equivalente ideológico de Hitler²⁰. Por otra parte, hundido el Imperio británico en el conflicto de Suez, los Estados Unidos heredaron plenamente el vilipendio antiimperialista que, desde mediados del siglo XIX hasta 1945, había encontrado en Gran Bretaña, como indiscutible potencia mundial, su blanco preferido²¹.

La ofensiva terrorista palestina en los años sesenta y setenta, destruyendo aviones civiles de pasajeros (alguno en vuelo), hizo reaparecer los viejos fantasmas²². Asimismo, la revolución iraní de 1979 demostró que el ascendiente que las ideologías occidentales habían mantenido en la política islámica tocaba a su fin. Una buena muestra de la sorpresa que comportó el jomeinismo fue el hecho de que su triunfo fue literalmente el único desenlace no previsto por los especialistas²³. Tan acostumbrada estaba la opinión occidental a la noción del progreso por etapas, esquema perfeccionado por el marxismo-leninismo, que el jomeinismo parecía ser una inversión moral de ese ideal revolucionario anunciado por los bolcheviques y, por lo tanto, incomprensible. No fue hasta que, en el verano de 1980 y como coincidencia inmediata, en la Polonia del «socialismo real» surgió un movimiento obrero *católico* opuesto al llamado «Estado de los Trabajadores» que la nueva circunstancia hizo algo creíble²⁴. El remate visible vino con la retirada soviética de Mganistán en 1989.

En gran medida, toda la radicalización del Islam que ha venido en los años ochenta -vinculada a las frustraciones políticas y sociales

¹⁹ KEDOURIE, E.: *Politics in the Middle East*, Oxford, Oxford University Press, 1992, cap. 5.

²⁰ LLOYD, S.: *Suez*, 1956, London, Hodder & Stoughton, 1980.

²¹ KOEBNER, R., y SCHMID, H.: *Imperialism. The Story and Significance of a Political Word, 1840-1960*, Cambridge (UK), Cambridge University Press, 1965.

²² KIDDER, R. M.: «Why Modern Terrorism: Three Causes Springing from the Seeds of the 1960s», en KEGLEY, C. W., jr.: *International Terrorism. Characteristics. Causes, Control*, New York, St. Martin's Press, 1990, pp. 135-138; GEARTY, G.: *Terror*, London, Faber & Faber, 1991, caps. 4-5.

²³ Como muestra: HALLIDAY, F.: *Iran: Dictatorship and Development*, Harmondsworth (UK), Penguin, 1979.

²⁴ TAHERI, A.: *The Spirit of Allah. Khomeini and the Islamic Revolution*, London, Hutchinson, 1985; BAKHASH, S.: *The Reign of the Ayatollahs. Iran and the Islamic Revolution*, New York, Basic Books, 1986; ACHERSON, N.: *The Polish August. The SelfLimiting Revolution*, Harmondsworth (UK), Penguin, 1981.

que el desarrollo provoca en sociedades *tradicionales*-, y que ha afectado a países islámicos (como el Líbano o Argelia, por citar los casos más espectaculares) más que a occidentales, ha resultado incomprendible para todos en Occidente, menos para los más dedicados especialistas²⁵. Y esta incompreensión ha dado lugar a todo género de novelas y películas que reflejan una secular amenaza islámica que -por encima de las evidentes enemistades- confunde shiítas y sunnies, nacionalsocialistas y fundamentalistas en una gran trama.

Además, este nuevo radicalismo creyente parecía literalmente perverso ante los tranquilos valores de la tolerancia secular y humanista propios de la modernidad. Para entender la corriente se ha generalizado, desde el inglés, un término, «fundamentalismo», que ya indicaba con desprecio las corrientes más literalistas y cerradas al progreso del protestantismo: así, el purismo musulmán se ha entendido como el equivalente de una tozuda perversidad antiprogresista dentro del propio cristianismo. Destruidores de imágenes, los extremistas islámicos (por mucho que tuvieran el ejemplo anterior de los iconoclastas bizantinos) parecieron siempre despreciar, con su fervor, el sentido acumulativo, hasta sincrético, que a partir de Constantino ha legitimado la tradición cristiana latina. Así, con la pulverización espectacular de los Budas de Bamiyán, los talibanes afganos anunciaron su desprecio por el historicismo sobre el que se basa toda la doctrina occidental de respeto a las opiniones ajenas. Después, con el atentado a las torres neoyorquinas, ha parecido ocurrir el reflujo anticipado durante tanto tiempo, el primer golpe del supuesto «choque de civilizaciones» que tiene lugar en el centro del mundo occidental y no en su periferia²⁶.

²⁵ La formulación clásica -y muy optimista- del argumento de los costes de la «modernización» en una sociedad «tradicional» es: LERNER, D. (with PEVSNER, I. W.): *The Passing of Traditional Society. Modernizing the Middle East* Glencoe (Ill.), Free Press, 1958; para el discurso islamista dirigido contra los regímenes árabes «nacionalsocialistas»: TIBI, B.: *La conspiración. El trauma de la política árabe* Barcelona, Herder, 1996; KEPEL, G.: *Faraón y el Profeta* Barcelona, Muchnik, 1988.

²⁶ HUNTINGTON, S. M.: *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order* London, Touchstone, 1998.

La globalización del consumo, mediante el consumo de fantasías

A la vista del guión histórico con sus tres escenas, la primera conclusión es evidente y nada trivial, aunque pueda parecerlo: *los terroristas también van al cine*. Así, quieran o no, han diseñado su desafío. Por muy islámicos y fundamentalistas que se proclamen, los sueños y las pesadillas de la modernidad les afectan tanto como a sus víctimas, puede que más. Aunque digan rechazar las imágenes grabadas por blasfemas, dependen de ellas. Promueven un escenario político en el cual no se distingue entre la luminosa fantasía clarificadora y la percepción compleja y contradictoria de la realidad, sometida a puntos de vista encontrados e interpretaciones diversas. Han querido leer con asombrosa literalidad las metáforas de la ficticia visión del mundo, resumen de imágenes históricas múltiples, con el que la «industria de sueños» complace a sus audiencias.

¿Qué hacemos, por tanto, con todas estas metáforas? La comunicación de masas se compone de un número considerable, aunque limitado, de estereotipos de ficción que evocan las postrimerías, el apocalipsis o el quiliasmo: la destrucción de lo viejo, gastado o perverso, el renacimiento o resurrección a un mundo nuevo, sea el paraíso terrenal o el transporte celestial²⁷. La tradición occidental, cristiana aunque sea de modo vergonzante, recoge, con el europocentrismo, entendido como bueno e ilustrado, todos los papeles ancestrales del malvado. El hecho de que solamente haya una treintena larga de guiones posibles, ya que las combinaciones humanas tienen límite estricto, probablemente significa que solamente hay un número dado, más o menos parecido, de escenificaciones o decorados, aun pasando al terreno mágico u onírico de la imaginación absoluta, del todo contrafactual²⁸. Dicho de otra manera, se pueden comunicar datos y, en consecuencia, información práctica, material, o se ofrece la imaginación más sencilla, que es, en su esencia, religiosa.

Las metáforas que fundamentan todo nuestro negocio de la comunicación, desde los anuncios comerciales hasta las altisonantes decla-

²⁷ Tomo las categorías de BAUMGARTNER, F. J.: *Longing for the End. A History of Millennialism in Western Civilization*, New York, Sto Martin's Press, 1999.

²⁸ POLTI, G.: *The Thirty-Six Dramatic Situations* (1921), Bastan, The Writer, Inc., 1977.

raciones políticas, por tanto, vienen cargadas con contenidos de los que no somos plenamente conscientes, o, peor, de ideas que, al sernas culturalmente familiares y por tanto invisibles, no nos «tomamos en serio». El problema es que su traducción a otros espectadores, con otras mentalidades, genera toda una especie de mensajes sintéticos e inesperados, cuyo sentido es sometido a relecturas completamente sorprendidas en su punto de origen. En el mundo preglobalizado, incluso tan reciente como en los años ochenta del siglo :xx, las distancias todavía garantizaban la despreocupación. Hoy no.

Así, la destrucción de las torres el 11 de septiembre resulta ser la primera constatación del sentido interactivo de la mundialización, en la cual las informaciones se cruzan y se mezclan en todas direcciones, produciendo retroalimentaciones negativas. No es tan sencillo como se soñó, en nuestra «*Belle Époque*», todavía tan cercana, en la que el mercado global y electrónico era concebido como una distribución casi unidireccional desde centros de desarrollo a zonas receptoras. Descubrimos con sorpresa que los mensajes emitidos, que combinan de manera juguetona y subliminal percepciones religiosas o esquemas morales, demostrablemente pueden ser recibidos *con literalidad*) al menos entre algunas minorías ya capaces de responder. Así, muchos de los posibles diálogos transculturales resultan sencillamente sin sentido, pero igualmente con potencial comunicativo. El problema de fondo no tiene solución, ya que no se puede parar la emisión metafórica sobre la que se fundamenta todo el negocio de las comunicaciones en el mundo posindustrial. Peor todavía, como parece indicar la absoluta convicción moral de la «guerra contra el terrorismo» de los norteamericanos, tras su éxito en Afganistán, los roles codificados se hacen extraordinariamente difíciles de evadir.

Por todo ello, podemos esperar ver las consecuencias funestas de más metáforas cruzadas, en un mundo en el cual, cada vez más, todos tienen derecho a opinar. La sorpresa final es que el famoso «choque de civilizaciones», en la medida en que ocurre, es privado, de individuos o de grupos reducidos, capaces sin embargo de responder desde su especial sentido de interpretación de un mensaje que, originalmente, no iba dirigido a ellos.

